

CAPITULO VI

LA AUSENCIA DE CALVINO

Las desgracias del reformador religioso tienen su explicación fácil en la naturaleza de las democracias modernas. Instintiva la democracia de Ginebra en el segundo período de la Edad media, en que predominaba el sentimiento, pasó á ser mas reflexiva y madura en la primera parte del siglo décimosexto, en que predominaba la conciencia. Pero los comienzos de toda obra política y social adolecen de una imperfección irremediable. Los períodos de crisis llevan en sus entrañas fatalmente males de entidad. El mundo, mirado por el sentimiento, parece diverso del mundo mirado por la razón. Y la política tradicional y consuetudinaria no se abre al espíritu de reforma sin dolores y estremecimientos. La democracia del territorio ginebrino cambió con verdadero entusiasmo la fe religiosa de los tiempos medios por la fe religiosa de los tiempos modernos. Cuadraba, según su sentir, á una República municipal como su República, el individualismo religioso de la Reforma, la interpretación personal de las Escrituras, la autonomía de la conciencia humana, el dogma de la gracia divina, todo cuanto destruía los intermediarios entre Dios y los hombres, acabando con la casta teocrática y trayendo la libertad y la igualdad cristianas.

La conciencia, pues, de aquella democracia, se había transformado fácilmente. Pero no se transforma la conciencia, sin transformarse la vida; como no se transforma el espíritu, sin transformarse la realidad. Calvino, por sus talentos, pertenecía mas bien á la estirpe de los jurisconsultos que á la estirpe de los profetas. La modificación de la sociedad viviente le importaba, por lo me-

nos, tanto como podía importarle, dada su complejidad y sus inclinaciones, la idealidad espiritual. Para él valía poco la transformación progresiva de la conciencia, si no llevaba consigo también el cambio y mejoramiento de la vida. Entelequias puras; arquetipos divinos, pero sin manifestación sensible y verdadera en el Universo; luces sin calor, tal juzgaba Calvino las ideas, cuando no se organizan pronto en las instituciones de la sociedad y no sirven como de levadura para la masa de las públicas costumbres. Después de haber transformado la conciencia, quiso transformar la vida de Ginebra; y al transformarla, puso á servicio de la moral pública y privada, según él podía entenderlas, todas las fuerzas coercitivas del Estado moderno. Así legisló, no solamente como revelador y como profeta, sino también como político y estadista, sobre todo, como censor de las costumbres privadas y públicas, pues, para él, no valía cosa la fe viva en el dogma, si no la completaba con la observancia y cumplimiento del bien.

Todo cuanto ha de realizarse, topa con los obstáculos de la realidad. Esa transformación de las costumbres públicas, no podía cumplirse con rigor, sin ciertas inquisiciones de la vida privada; y estas inquisiciones de la vida privada no podían montarse con fortuna sin cierto desconocimiento de la libertad individual. Imposible á un sacerdote designar quién estaba por su vida privada y por sus costumbres diarias facultado para la comunión, sin datos y conocimientos precisos; é imposible la reunión de tales datos y de tales conocimientos sin una serie sistemática y rigurosa de atentados constantes así á la inviolabilidad del hogar como al derecho del individuo. No pueden confundirse, no, las líneas paralelas, que se siguen, que se parecen, que se dilatan en el mismo plano; pero que jamás se encuentran en el mismo punto, de la moral y del derecho, sin que resulte una tiranía inevitable. Y esta tiranía es mayor, cuando se invoca, para cohesionarla, el cielo; cuando se ejerce á nombre del bien general por los poderes morales de la Iglesia; cuando entra, no solo en la voluntad externa y manifiesta del ciudadano, sino en la interna y secreta conciencia del creyente; cuando se organiza en una teocracia, la cual toca de suyo así á la cuna como al sepulcro y rige así el tiempo como la eternidad.

Quizás los pensamientos y propósitos de Calvino eran fatalmente necesari-

rios para la iniciación de aquella democracia ginebrina en la fe religiosa y en la moral pública mas convenientes á sus futuros progresos. El mundo no estaba preparado todavía para querer el bien por su naturaleza intrínseca y cumplirlo por la desinteresada satisfacción de ver su cumplimiento. Los Estados habian puesto una parte de su autoridad, tan considerable y magna, en la revolución religiosa; los Constantinos y los Teodosios protestantes habian abundado, con tal abundancia, en los tronos de Alemania é Inglaterra; las transformaciones se habian cumplido, con tal cúmulo de fuerzas coercitivas y de medios tangibles, que importaba muchísimo á una democracia, como la democracia ginebrina, mostrar dentro de su política, y por su coacción, cuantos medios habia de cumplir las mismas transformaciones llevadas á cabo por la fuerte autoridad de los monarcas y el omnímodo poder de las monarquías. Pero, dada esta necesidad, no podia satisfacerse, no, con la facilidad que se satisfacía en los pueblos acostumbrados á muda obediencia y dependientes de autoridades tradicionales é históricas. La debilidad misma de Calvino; la falta de aquella fuerza impulsora, que los monarcas reciben de sus antepasados y transmiten á sus herederos; la movilidad vaga de las democracias, influidas siempre por el oleaje de las pasiones y por el chispear de las ideas; mil concausas diversas, nacidas de su propio temperamento y del pueblo donde ejercitara su moral imperio, impulsaban á reformador de su temple, tan penetrado en lo interior de su autoridad religiosa, tan dispuesto á confundir la idea con la palabra y la palabra con la obra, tan jurisconsulto y legislador como filósofo y moralista y profeta, ¡oh! á extremar las fuerzas coercitivas hasta elevarlas al extremo de una condenable violencia. Y las democracias, por mucho que las cambien los tiempos varios y las modifiquen los accidentes diversos, tienen, allá en el fondo, su naturaleza inmutable; y piden que la creencia nazca de su propio espíritu, que viva el bien por obra de su íntimo albedrío, que las leyes dimanen de su voluntad soberana, que los ciudadanos ejerzan cierto ministerio espiritual de verdadero sacerdocio, que su hogar se parezca en lo inviolable á un templo y su vida moral quede bajo la jurisdicción de su propia conciencia, resultando, por todas estas consideraciones, imposible casi de evitar un choque funestísimo entre los proyectos de Calvino y la complejion de Ginebra.

Lo cierto es que las espadas habian brillado en un sermón del reformador; y que los consejeros se habian reunido para ocurrir al remedio de tantos males y evitar venideras catástrofes. Al Consejo de los Doce, que representaba el poder ejecutivo, siguió el Consejo de los Doscientos, que representaba el poder legislativo; y uno y otro Consejo decidieron que los dos reformadores dejaran sus púlpitos y salieran de la ciudad. El 26 de abril se verificó el éxodo terrible de Farel y Calvino. A los pocos dias llegaron á Berna, terminado ya el mes primero de aquella riente primavera, cuyo calor y alegría calentaban y alegraban las almas. Desde una á otra ciudad el camino los recreó un poco y los alivió de sus penosísimos recuerdos. Aquí un prado cubierto de flores, y unas flores circuidas de mariposas; allí un torrente precipitado entre las breñas, y unas breñas cubiertas de musgos; mas allá el lago, que retrata los cielos, y los cielos que envían la luz y el calor primaverales; en este recodo de la vía el aprisco y la majada, y en aquel recodo el establo y el molino; por todas partes los Alpes eternos y eminentes con sus abetos en las faldas, con sus nieves en las cumbres, inspiraban ideas consoladoras al ánimo de aquellos dos hombres, recientemente salidos y escapados de un triste cautiverio. En Calvino, á pesar de su natural violento, no quedaba ningun dejo amargo que no endulzase la memoria del Evangelio. Sus versículos, recitados en voz baja y entre dientes, se convertían en morales consuelos; y sus consuelos se levantaban en el pensamiento á reglas universales de proceder y de conducta. Soldado de Cristo, su independencia suprema estaba en la voluntaria sumisión á su jefe. Desnudo y moribundo como el infeliz hombre de Jericó, sentía junto de sí á Cristo, que le vendaba las heridas, despues de haber derramado en ellas sus óleos y sus bálsamos. El dolor, el destierro, el martirio parecíanle gradas varios de la escala mística, por donde las almas suben á su misteriosa trasfiguración. La Iglesia se forja en el fuego y se arregla en el yunque. Las tribulaciones de sus pastores no podían hacer mas que fortalecerla y agrandarla. Bien pronto los amigos del Evangelio iban á conocer y á estimar cuánto habian perdido, perdiendo á sus doctores y á sus maestros.

Por el contrario, los demagogos de varios matices y de diversas escuelas, ufanados con la inesperada victoria, vigorizaban sus injurias á medida que

crecían sus satisfacciones. Representáronse ridículas farsas y reuniéronse calumniosas mascaradas. Algunos de ellos, arrastraron por los suelos viejas sartenes, y cortando en pedazos hortalizas conocidas en la jerga popular con el nombre de *fareles*, aseguraban hallarse dispuestos á trucidar de igual suerte y freirlos á los odiados reformadores. El gobierno, que por tantos respetos debía impedir aquellas irreverentes algaradas, las veía con glacial indiferencia, y buscaba medios de sustituir por algun modo á los ausentes, echados de menos en todos los círculos donde se solía prestar algun culto á la virtud y á la ciencia. El error de la revolucion aprovechó solamente á los reaccionarios. Los devotos á Roma, pues todavía quedaban allí, entre los escombros de la Iglesia católica, partidarios de la idea extinta, se holgaban con las divisiones irremediables, y en ellas ponían sus más legítimas esperanzas.

Por fin, los dos apóstoles llegaron á la ciudad, que podía llamarse como el centro y guía de las ciudades alpestres, á la ciudad de Berna. Por muy desmemoriados que los corazones parezcan, imposible olvidar la gloria y la grandeza de aquellos dos hombres, inteligencia el uno y corazón el otro de la Reforma helvética. Farel tenía en su persona las cicatrices del combate; y Calvino los surcos del pensamiento. El uno había dado á la nueva Iglesia su ideal inextinguible; y el otro le había dado su voluntad firmísima. El uno aparecía como el héroe y el otro como el apóstol de la Revolución. Sin embargo, los dos, con el brillo de sus respectivas historias, con la cuenta de sus innumerables servicios, con el grandor de sus sendos nombres iban por el mundo errantes, no teniendo un asilo, á causa de haberlos expulsado del templo erigido por su fe, los mismos á quienes acababan de redimir y de salvar: que también ¡ay! son ingratos los pueblos. Quejáronse Farel y Calvino de todos sus agravios á los consejeros de Berna y expusieron las razones valiosas de su proceder enérgico en las competencias teológicas. Según ellos, no se proponían suscitar ningun conflicto entre la Iglesia y el Estado; ni sobreponer las facultades propias de aquella institucion á las facultades propias de esta institucion indispensable. Pero habían exigido que los fieles se presentasen puros á la Cena, por sentimiento de la responsabilidad contraída, si dejaban los actos de la nueva fe reducidos á externas ceremonias sin ninguna intimidad espiritual y sin ninguna eficacia regeneradora, cual hizo con su

culto la Iglesia católica, perdiendo así todo su antiguo poder moral sobre la conciencia.

El relato de las desgracias de Calvino y Farel conmovió profundamente al gobierno de Berna, quien, bajo las primeras impresiones de tal conmoción, escribió al gobierno de Ginebra dándole con su intolerancia en rostro, y pidiéndole una inmediata concordia, puesto que la discordia solo podía ceder en bien de la esperanzada reaccion y en daño de la nueva Iglesia. El gobierno ginebrino conmovióse, á su vez, profundamente, al recibir semejante admonición, y lo imputó á maniobras de los expulsados, creyéndoles inconsolables, por haberse, después de su expulsion, celebrado los ritos con más tranquilidad y mayor número de fieles, como si las victorias parciales y transitorias de la fuerza no tuvieran de suyo estos vanos aspectos de duración y de pujanza.

Un sentimiento general reinaba en Suiza, una tendencia incontrastable á la union; como que todo el mundo presentía daños irreparables de continuar la discordia. Bajo tal sentimiento, reunióse, allá en Zurich, un Sínodo protestante, que, no solo aspiraba con aspiración reflexiva y tenaz á una inteligencia entre Ginebra y Berna, sino que aspiraba también á una inteligencia entre Alemania y Suiza. Calvino y Farel se presentaron en el Sínodo con ánimo de proferir sus quejas y granjearse la debida satisfacción á sus personales agravios. No eran estos como resentimientos de amor propio, sino como convicciones profundísimas del ánimo. Así, los asuntos secundarios no le importaban; pero tenía en mucho los asuntos importantes á la disciplina y á la creencia. Por tanto deseaba que se conservasen los dogmas en toda su pureza y se guardaran los ritos en toda su verdad. La division de la ciudad en parroquias, tenía por indispensable al orden y regularidad interiores; la facultad de excomulgar al incrédulo y al perverso, como esencialísima é indispensable al culto; la consagración de los pastores nuevos por el medio apostólico y antiguo de imponer las manos sobre la cabeza del elegido, como una separación necesaria entre la clase de los magistrados y la clase de los sacerdotes; la frecuencia de las comuniones, como una práctica propia para despertar el amor á todas las virtudes; la mezcla de los cánticos sagrados con los sermones, como una beneficiosísima sustitución á la misa; la veda en absoluto de bailes, saraos, fiestas profanas, como una santa iniciación en el